

# EDICIÓN CRÍTICA VIRTUAL

*Dolores Troncoso Durán*

Para editar los *Episodios Nacionales*<sup>1</sup> tratando de ofrecer la versión más fiel a los designios de Galdós, tuve que contrastar manuscritos, galeradas, y ediciones publicadas en vida del autor. Esta labor me proporcionó un muy elevado número de variantes, de gran utilidad para conocer el proceso de creación galdosiano, sí..., pero difícilmente publicables. Aunque la editorial tuvo la generosidad de permitirme incluir en cada tomo un apéndice que reproduce fielmente las variantes cualitativa y cuantitativamente importantes de la versión previa,<sup>2</sup> en su mayor parte inéditas, muchísimas más se quedaron en mis archivos.

La edición crítica de una determinada obra interesa a un número muy reducido de lectores, y resulta por tanto muy poco comercial. Además, la edición crítica impresa presenta graves inconvenientes: si las variantes se sitúan en el propio texto, entre paréntesis, corchetes o cualquier otro signo, dificultan una cómoda lectura del mismo, y si se opta por situarlas en nota al pie o al final, exigen imaginar como era el párrafo antes de su modificación, con lo que en muchas ocasiones no es fácil entender por qué el autor introduce la variante. Por todo ello pensé que una edición virtual, podría solucionar tanto los problemas de publicación (editar un número limitado de CDs resulta asequible), como los intrínsecos a la edición crítica tradicional, ya que la virtual permitiría contemplar simultáneamente texto y variantes siempre que el lector lo deseara, o leer ya la versión definitiva, ya cualquiera de las anteriores, sin molestas interrupciones gráficas. Me dirigí a la ESET de Telecomunicación de mi Universidad en busca de ayuda técnica y mi idea se convirtió en el proyecto Fin de Carrera de Mariña Pombo Rego, codirigido por el profesor Enrique Costas del Departamento de Telemática, por Carmela Troncoso del Departamento de Ingeniería Electrónica de la Katholieke Universiteit Leuven y por mí misma. El objetivo del proyecto, leído en julio de 2009 con la máxima calificación, no fue ya editar crítica y virtualmente los *Episodios*, sino ofrecer a los investigadores una herramienta que permitiese la edición crítica virtual de cualquier obra literaria. El propio programa ofrece unas instrucciones muy sencillas para el usuario.

Para ejemplificar su funcionalidad, se utilizó el capítulo I del primer episodio de la Segunda serie, *El equipaje del rey José* (1875), que paso a comentar. Al abrir el programa, encontramos una pantalla dividida en dos paneles, como vemos en la figura 1. En el lado izquierdo, el texto; en el derecho, un Índice de posibilidades.

**El equipaje del rey José**

**Índice de Versiones**

- Versiones
- Capítulos
- Tipos de variantes

**I**

El 17 de marzo de 1813 salieron de palacio algunos coches, seguidos de numerosa escolta, y bajando por Caballerizas a la puerta de San Vicente, tomaron el camino de la puerta de Hierro.

-Su Majestad intrusa va al Pardo -dijo don Lino Paniagua en uno de los corrillos que se formaron al pasar los carruajes y la tropa.

-Todavía no es el tiempo de la belota, señores -repuso otro, que se preciaba de no abrir la boca sin regalar al mundo alguna frutecilla picante y adrosna del árbol de su ingreso.

-Su Majestad se ha convencido de que no engordará en España, y por ese camino adelante no parará hasta Francia -indicó un tercero, hombre forrado y ordinario que respondía al nombre de Mauro Requejo.

-¡A Francia! Todas las mañanas nos saluda la gente con el consabido estribillo de que se marchan los franceses aburridos y cansados, y por las noches nos acostamos con la certidumbre de que los franceses no se aburren, ni se cansan, ni tampoco se van.

-Tiene razón el señor don Lino Paniagua - exclamó otro personaje que se distinguía de los demás individuos del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos y un extraño modo de reír, más propiamente comparable a viajes de cuadrumano que a muecas de racional. - ¡Tiene razón! Hace cinco años que no se oye más que esto: "Se van sin remedio: ya no pueden sostenerse un día más: el Lord dará buena cuenta de todos ellos dentro del mes que viene..." Y así corren los meses y los años: la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba y los franceses no se van sino para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe y cuatro veces le hemos visto entrar con más bríos.

-Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: "Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simiente de rábanos". ¡Ay! No pasaron muchos meses, sin que les viéramos otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Dioses una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro: "¡Ya se acabó todo!". (Gracias a Dios! Viva el Lord...). Los franceses salen por un lado y los ingleses entran por otro. Pero esto parece escenarío de un teatro: el Lord se va por la derecha y José se nos cuela por la izquierda... Señores, no puedo olvidar las acotaciones de las comedias, que dicen hace que se va y se queda... A mí que soy perro viejo y tengo sobre mi alma cristiana cuatro dedos de enjundia de marrullería, no se me emboba con estas entradas y salidas.

-El señor licenciado Lobo -dijo don Narciso Plama que a la sazón se encontraba también allí-, se halla tan bien en su escribanía de cámara, que no quisiera le molestase el ruido de las tropas, ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los destinos dados por Murat no han de ser eternos.

-Ya os veo venir, embrollones, os entiendo farsantes, os conozco, trapisondistas -repuso Lobo disimulando su enojo-. ¿Quieren hacerme pasar por afrancesado?... Parece que corren vientos anglicanos y wellingtonianos...

-Puede ser.

-Señores, demos una vuelta por los Pozos de Nieve a ver si clarean las casacas rojas del lado de Fuencarral y Alcobendas.

-¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero en mama, señores, ¿a dónde va esta gente? ¿Qué tmajas atraen con su olorillo a nuestro intruso mosquito?

-Yo digo que no pasa del Pardo.

-Y yo que antes dejaré de catarlo que quitarse el polvo de los zapatos mientras no llegue a la raya de Francia.

-Por allí viene el reverendo Salmón que nos dirá la verdad, pues este fraile de la Merced gusta de cucharetear con todo el mundo, y aquí cojo

Título: *El equipaje del rey José* Versión: *Primera Edición* Ver información adicional

Figura 1.

La primera lista desplegable del Índice ofrece la posibilidad de visualizar cada una de las versiones que han sido contrastadas: en este caso, la primera edición, el manuscrito y su versión previa, ya que solo en ellas presenta variantes este capítulo del episodio. En el panel de texto, sea la versión que sea, aparecen destacados en color aquellos términos que el autor ha modificado en otras. Si colocamos el ratón encima del término en cuestión, aparecerá sobrepuesta la variante anterior o posterior a la versión que estamos visualizando y su origen. Así, en la figura 2, vemos cómo Galdós había escrito originalmente “los Arapiles”, pero tal vez pensando que el topónimo no sería suficientemente conocido por sus lectores de entonces, tal vez para evitar repetirlo ya que aparece algunos párrafos más adelante, lo tacha y escribe encima, en el propio manuscrito, “Salamanca”, provincia de dichos montes:

**El equipaje del rey José**

**Índice de Versiones**

- Versiones
  - Primera Edición
  - Manuscrito
  - Versión Previa
- Capítulos
- Tipos de variantes

-Tiene razón el señor don Lino Paniagua -exclamó otro personaje que se distinguía de los demás individuos del grupo por el deslumbrante verdor de sus anteojos y un extraño modo de reír, más propiamente comparable a viajes de cuadrumano que a muecas de racional. - ¡Tiene razón! Hace cinco años que no se oye más que esto: "Se van sin remedio: ya no pueden sostenerse un día más: el Lord dará buena cuenta de todos ellos dentro del mes que viene..." Y así corren los meses y los años: la gente muere, el pan sube, los pleitos merman, el dinero se acaba y los franceses no se van sino para volver. Cuatro veces hemos visto salir al señor Pepe y cuatro veces le hemos visto entrar con más bríos. ¿Se acuerdan ustedes de la batalla de Bailén? Pues todos decían: "Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simiente de rábanos". ¡Ay! No pasaron muchos meses, sin que les viéramos otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha rependo la fiesta. Dioses una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro: "¡Ya se acabó todo!". (Gracias a Dios! Viva los Arapiles: Versión Previa por un lado y los ingleses entran por otro. Pero esto parece escenarío de un teatro: el Lord se va por la derecha y José se nos cuela por la izquierda... Señores, no puedo olvidar las acotaciones de las comedias, que dicen hace que se va y se queda... A mí que soy perro viejo y tengo sobre mi alma cristiana cuatro dedos de enjundia de marrullería, no se me emboba con estas entradas y salidas.

-El señor licenciado Lobo -dijo don Narciso Plama que a la sazón se encontraba también allí-, se encuentra tan bien en su escribanía de cámara, que no quisiera le molestase el ruido de las tropas, ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los destinos dados por Murat no han de ser eternos.

-Ya os veo venir, embrollones, os entiendo farsantes, os conozco, trapisondistas -repuso Lobo disimulando su enojo-. ¿Quieren hacerme pasar por afrancesado?... Parece que corren vientos anglicanos y wellingtonianos...

-Puede ser.

-Señores, demos una vuelta por los Pozos de Nieve a ver si clarean las casacas rojas del lado de Fuencarral y Alcobendas.

-¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero en suma, señores, ¿a dónde va esta gente? ¿Qué tmajas atraen con su olorillo a nuestro intruso mosquito?

-Yo digo que no pasa del Pardo.

Título: *El equipaje del rey José* Versión: *Manuscrito* Ver información adicional

Figura 2.

El segundo panel desplegable, permite al lector situarse en el capítulo que desee sin necesidad de avanzar o retroceder páginas y páginas en pantalla. El tercero ofrece una clasificación de variantes que puede configurarse del modo que resulte más conveniente a

cada editor y a cada obra. Aquí la diseñé inspirándome en la propuesta por Yolanda Arencibia (1987) para Zumalacárregui.

Presentadas de este modo, las variantes revelan fácilmente su por qué al lector; resulta obvio por ejemplo, descubrir una de las causas más frecuentes de su introducción en cualquier texto literario, evitar la repetición, tal como vemos en la figura 3 en que se sustituye “dijo” por “afirmó”, ya que en la línea siguiente aparecía de nuevo “dijo”:

Figura 3.

La primera clasificación, debida al tipo de variante (por supresión, adición o sustitución) nos permite elegir la lista de variantes de cada uno de ellos; pinchando en el panel izquierdo sobre cualquier variante de dicha lista, la seleccionada se situará en la parte superior del panel derecho en el texto. Así, en la figura 4 se elimina la negación en la pregunta retórica porque era contraria al sentido humanista y pacifista que el personaje expresa a continuación: “¡Batallas! ¡Ejércitos! [...] ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras”. Comprobamos aquí de nuevo que el poder leer todo el párrafo y al mismo tiempo la variante, facilita su comprensión:

Figura 4.

En el caso de las adiciones, la variante de la figura 5 refleja el interés de Galdós por utilizar terminología de la época narrada, que contribuye a ambientar al lector:

### El equipaje del rey José

usaban un uso europeo y que los paños se distinguían.

-Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

-¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salnón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?

-A Valladolid -repuso el militar.

-¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

-Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...

-¿Conque a Valladolid?

-No faltarán batallas... -indicó el joven con énfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

-¿Un recado?

-Y nosotros salimos también... Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...

-Con los empleados los empleos -añadió Lobo-. Eso será bueno.

-En palacio están empacando a toda prisa caudales y alhajas -prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portadora de nuevas empresas-. Ayer embalsamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintoresca que llaman el Pasmo de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embarcar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

-¿Todos los carros! Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para trabajar las chorreras.

-¿Acaso vinieron a otra cosa? Pues qué -afirmó Salnón-. ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?

-Y ahora, señores -dijo el militar- harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfilando punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. [Y entonces lo interrumpió]

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscowa, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jordan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba dentro, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la vedera de los árboles que le sirven de alhondra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que vivía Su Majestad tras sí, era una masación trunfa, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cantivero y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastroso entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Babilón el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jordan. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

Volver al índice

#### Adición

Primera Edición	Versión	Capítulo
consalido	falta	Versión Previa
Volved los ojos a todos lados y decidme	falta	Manuscrito
v a las reuniones de la gente tónica	falta	Manuscrito
y	falta	Versión Previa
v su claro cielo	falta	Manuscrito

Título: El equipaje del rey José

Versión: Primera Edición

Adición

Figura 5.

“Tónicos” se llamaba, a finales del XVIII y principios del XIX, a aquellos que estaban más enterados, “en la pomada” que diríamos hoy. No era imprescindible incluirlo pero, como he dicho, ayuda a ambientar la novela, y resulta coherente que quienes quisieran presumir de su saber de novedades se dirigieran a las reuniones de tales gentes.

Como ejemplo de sustituciones, en la figura 6 se sustituye en la primera edición “hablar en republicano”, adjetivo demasiado genérico que figuraba en el manuscrito, por “hablar en jacobino”, adjetivo mucho más representativo de la república a que dio lugar la Revolución Francesa:

### El equipaje del rey José

no había desplegado sus álbicos labios. El señor Canencia que está presente le enseñará a usted a hablar en jacobino. No se dice marzo, sino ventoso, víspera de germinal y antevíspera de floreal.

Todos se rieron a costa del abatedon don Bartolomé Canencia, que habló de esta manera.

-En mi escuela se atiende a los hechos no a las palabras, factis non verbis.

-Estamos en marzo -afirmó Lobo-, pero ahora nos ocupamos de nuestro Rey postrizo, y ya se sabe que está siempre en vendimiarlo.

-Veo que será preciso buscar las noticias en otra parte -dijo con impaciencia Paniagua-. El padre Salnón no está hoy de vena para contar, y don Bartolomé Canencia, que conoce todos los pasos de los franceses como los saltos de las pulgas dentro de su camisa, no nos quiere decir nada, sin dadas por no vender a sus amigos.

-¡Mis amigos, los franceses! -exclamó Canencia turbándose como jovenzuelo tímido, a quien se descubre un secreto amoroso-. ¡Soy acaso hombre que se entusiasma con las victorias militares de Juan y de Pedro? ¡Batallas! ¡Ejércitos! ¡Napoleón! ¡Lord Wellington! ¡Qué basura! Soy partidario del género humano, señores. Odio las guerras, destructoras de la convención social, y aguardo el día de la emancipación de los pueblos. Sé que me calumian; sé que algunos se atreven a sostener que estuve en Salamanca en una sociedad masónica... ¿Por ventura estas mis venerables canas y esta entereza fisiológica que debo a mis estudios son a propósito para degradarse en logias y aquérras...? Pero basta que me hayan dado ese miserable destiempo en la contaduría del Noveno para que se me crea ligado en cuerpo y alma a los Bonapartes, señores, a los hijos de doña Leticia, que hoy dominan el mundo con la espada... ¿Como si la espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta brutal, una lanceta inerte y puzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos!... Y entre tanto las ideas... Volved los ojos a todos lados y decidme, ¿dónde están las ideas?

Las risas impidieron a Canencia seguir adelante en su comenzado discurso. Salnón le quitó la palabra de la boca, para decir:

-Mala pascua me dé Dios y sea la primera que viáiere, si a este don Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la contaduría del Noveno por una jaulita en el Nuncio de Toledo... En suma, nada nos ha dicho del viaje del Rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio de tal viaje.

-Por allí viene quien nos ha de sacar de dudas -dijo Plama señalando hacia Caballerías.

Todos los del corrallo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecían buen número de compañeros nuestros con todos o casi todos los rasgos y valores de los antiguos cuerpos extranjeros.

-¡Eh, Salvadorcillo Monsahd, Salvadorcillo Monsahd! -gritó el licenciado Lobo, llamando al mozo del uniforme.

-Es sobrino de Andrés Monsahd, el que apalearon en Salamanca -indicó con malicia Requejo-. El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arriples y de los palos de Babilafuente.

-Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

-¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salnón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?

-A Valladolid -repuso el militar.

-¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

-Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...

-¿Conque a Valladolid?

-No faltarán batallas... -indicó el joven con énfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

Volver al índice

#### Sustitución

Primera Edición	Versión	Capítulo
Salamanca	los Arcabiles	Versión Previa
halla	encuentra	Manuscrito
preguntó	dijo	Manuscrito
empinada	avria	Manuscrito
en	a	Versión Previa
Quiere	Querrán	Manuscrito
jacobino	republicano	Manuscrito
turbándose	turbado	Manuscrito
No faltarán batallas	V a haber cada batalla...	Manuscrito
prosigue	sigue	Manuscrito
ergulle	vandad	Manuscrito
afirmó	dijo	Manuscrito
militarero	militarico	Manuscrito
podían	podían	Manuscrito

Título: El equipaje del rey José

Versión: Primera Edición

Sustitución

Figura 6.

Gracias a la relación comparativa de variantes (figura 7) podemos comprobar, además, que las más numerosas en este capítulo son las de sustitución. Esto no resulta caracterizador en un solo capítulo, pero sí sería indicativo del modo compositivo del autor poder comprobar el carácter dominante de uno de los tres tipos en una novela completa, y más aún en todos los *Episodios*. Por supuesto, lo mismo podría hacerse contándolas manualmente, pero la informática nos evita una tarea tediosa y nos asegura su exactitud.

Volver al índice				Volver al índice				Volver al índice			
Supresión				Sustitución				Adición			
Primera Edición	Versión	Capítulo		Primera Edición	Versión	Capítulo		Primera Edición	Versión	Capítulo	
falta	no	Manuscrito	I	Salamanca	los Arapiles	Versión Previa	I	consabido	falta	Versión Previa	I
falta	el	Manuscrito	I	halla	encuentra	Manuscrito	I	Volved los oios a todos lados y decídmelo	falta	Manuscrito	I
				preguntó	dijo	Manuscrito	I	v a las reuniones de la gente tónica	falta	Manuscrito	I
				empimada	agria	Manuscrito	I	y	falta	Versión Previa	I
				en	a	Versión Previa	I	v su claro cielo	falta	Manuscrito	I
				Quiere	Querrán	Manuscrito	I				
				jacobino	republicano	Manuscrito	I				
				turbándose	turbado	Manuscrito	I				
				No faltarán batallas...	Va a haber cada batalla...	Manuscrito	I				
				prosiguió	añadió	Manuscrito	I				
				orgullo	vanidad	Manuscrito	I				
				afirmó	dijo	Manuscrito	I				
				militarejo	militarcito	Manuscrito	I				
				disponía a	preparaba para	Manuscrito	I				
				podrían	podían	Manuscrito	I				
Supresión				Sustitución				Adición			

Figura 7.

El índice ofrece una segunda clasificación en función de la naturaleza semántica o estilística de la variante, desplegable a su vez según su porqué, como puede verse en la figura 8:

### El equipaje del rey José

I

El 17 de marzo de 1813 salieron de palacio algunos coches, seguidos de numerosa escolta, y batiendo por Caballerizas a la puerta de San Vicente, tomaron el camino de la puerta de Hierro. Su Majestad iba en el Pardo... dijo don Lino Panigama en uno de los coches que se formaron al pasar los carruajes y la tropa. Todavía no es el tiempo de la batalla, señores: repuso otro, que se precavía de no abrir la boca sin regular al mando alguna frivolidad picaresca y subvosa del árbol de su apellido. Su Majestad se ha conmovido de que no engañará en España, y por ese camino adelante no parará hasta Francia: indicó un tercero, hombre fornido y ordinario que respondía al nombre de Manu-Reperto. «¿A Francia? Todos las matanzas nos salda la gente con el consabido embrollo de que se marchan los franceses ahorrados y cansados, y por las noches nos acostamos con la certidumbre de que los franceses no se ahorrán, ni se cansan, ni tampoco se van. Tiene razón el señor don Lino Panigama: ¡cuántos otros personajes que se distinguen de los demás individuos del grupo por el desahogado vender de sus anteojos y un estrafalante modo de ir, más propiamente comparable a viajes de cochamanos que a marchas de nacional! Tiene razón! Hace cinco años que no se oye más que esto: "Se van sin remedio" ya no pueden solamente un día más: el Lord le dará buena cuenta de todos ellos dentro del mes que viene... Y así corren los meses y los años: la gente muere, el pan sube, los platos normales, el dinero se acaba y los franceses no se van sino para volver. Cuanto veces hemos visto salir al señor Pepe y cuando vuelve le hemos visto entrar con más billos. ¡Se acuerdan señores de la batalla de Baillet? Pues todos dicen: "Gracias a Dios que se acabó esto. No ha quedado un francés para simular de ribaños". ¡Ah! No pasaron muchos meses, sin que los señores otra vez mandados por el Emperador en persona. Al cabo de cinco años se ha repetido la fiesta. Dices una batalla en Salamanca y aquí de mis bocas de oro: "¡Ya se acabó todo!... Gracias a Dios!... Viva el Lord...". Los franceses salta por un lado y los ingleses entra por otro. Pero esto parece tocado de un tiempo el Lord se va por la derecha y José se nos cuela por la izquierda. Señores, no puedo olvidar las acciones de los comedos, que dicen hacen que se va y se queda... A mí que soy perro viejo y tengo sobre mí años crímenes como dedos de manita, no se me resbala con estas estradas y salidas. El señor licenciado Lobo... dijo don Narciso Pina que a la noche se encontraba también allí, se halla tan bien en su escritorio de cámara, que no quisiera le mudasen el ruido de las tropas, ni el estrépito de la guerra. Al fin y al cabo, los desastres dados por Manu no han de ser eternos. Ya os voy venir, señores, os entiendo señores, os conozco, trapaceros: ¿cuando Lobo disminuido su enojo... ¿Quieren hacerse pasar por ahorrados?... Parece que corren viento anglosos y vellejonianos... Puede ser. Señores, demos una vuelta por los Pinos de Nieve a ver si clarean las casacas rojas del lado de Fuentarrón y Alcobendas. ¿Por qué no? El ejército aliado parece que viene hacia acá. Pero en rima, señores, ¿a dónde va esta gente? ¿Qué tanjas miran con mi obrecillo a nuestro íntimo mosquetón? ¿Yo digo que no pasa del Pardo. ¿Yo que antes dejara de cantar que quitase el polvo de los zapatos mientras no llegue a la raja de Francia. Por ahí viene el reverendo Salán que nos dirá la verdad, pues este fraile de la Merced gusta de coleccionar con todo el mundo, y aquí cojo un vocablo, allí pego una salda, ello es que todo lo sabe. ¡Bueno! sea el padre Salán... dijo Reperto adelantándose a saludar al venerable mercenario que en la noble compañía del marqués de Poreño toralaba de la Virgen del Puerto. ¿Y qué me van ustedes, señores míos? preguntó el bote trale limpiando el borde de su roseto, pues según se tringaba al mibe le empimada cuenta de San Vicente, parecía que se desliza la nariz de sus volutas como en el camino. Como vuestra paternidad no nos diga algo. El aparato de faras que lleva el Rey, y la muchachumbre de coches en que le acompaña toda su servidumbre francesa y española... dijo con gravedad el marqués de Poreño: prueban que el viaje será largo. ¡Entonces en 17 de marzo, pasado mañana son los días de don Pepto... indicó el fraile frotándose las manos. Quiere cobrando en el licorial.

Título: El equipaje del rey José      Versión: Primera Edición      Ver información adicional

#### Índice de Versiones

Versiones

Primera Edición

Manuscrito

Versión Previa

---

Capítulos

Tipos de variantes

- Supresión
- Sustitución
- Adición
- Variantes semánticas
  - Intensificadores
  - Caracterizadores
- Variantes estilísticas
  - Evita Repetición
  - Economía del lenguaje
  - Pedificadores

Figura 8.

Y de nuevo pinchando encontramos la lista de cada tipo de variante y el lugar del texto en que se encuentra aquella que seleccionemos:

**El equipaje del rey José**

Volver al índice

espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta bruta, una lanceta ierte y puzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos!... Y entre tanto las ideas. **Volved los ojos a todos lados y decidme**, ¿dónde están las ideas?

Las tres repulcraes a Canencia agarrá adonde en su comenzado discurso. Salmón le quitó la palabra de la boca, para decir:

«Ma pacuca me de Dios y sea la primera que vienes, si a este don Bartolomé no le cambian pronto su plaza de la condrina del Noveno por una jaula en el Nuncio de Toledo. En su vida, nada nos ha dicho del viaje del Rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio de tal viaje.»

Por allí viene quien nos ha de sacar de dudas: -dijo Plana voltiéndose hacia Calabazas:

Todos los del corrallo fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1809, y a la cual pertenecían buen número de computacionas mentes con todos o casi todos los salios y valores de los antiguos cuerpos extranjeros.

¡Ja, Salvadorcillo Moncalá! Salvadorcillo Moncalá! -gritó el licenciado Lobo, llamando al mozo del uniforme.

«Es sobrino de Andrés Moncalá, el que apareciero en Salamanca -indicó con enfático Resopio-. El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arzaples y de los palos de Babafuete.»

«Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

«¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salmón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?»

A Valladolid -repuso el militar.

«¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

«Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...»

«¿Conque a Valladolid?»

**No faltarán batallas.** -indicó el joven con énfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

«¿Un recadito?»

«Y nosotros salimos también... Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...»

«Con los empleados los empleos -añadió Lobo-. Eso será bueno.

«En palacio están empaquetando a toda prisa cuadros y alhajas -prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portadores de nuevas estrepandas-. Ayer embaulamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintorreada que llaman el Pasmo de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embargar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

«¿Todos los carros? Pero esta gente nos va a dejar sin un afilero para trabarnos las chorreras.»

«Acaso vinieron a otra cosa? Pues qué -afirmó Salmón-, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?»

«Y ahora, señores -dijo el militar-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cual a su oficina, cual a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podrían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?... Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

**falta: Manuscrito**

**Título:** El equipaje del rey José      **Versión:** Primera Edición      **Variante semántica:** Intensificadora

Figura 9.

En el caso de la figura 9, la oratoria de Canencia se intensifica en la primera edición, al añadir la metafórica orden del personaje a sus oyentes, “Volved los ojos a todos lados y decidme”, antes de la pregunta retórica “¿dónde están las ideas?”.

Entre estas variantes intensificadoras, el ejemplo de la figura 10, parece obedecer al gusto galdosiano por la pintura y su particular admiración por Velázquez: añade en la primera edición “y su claro cielo”, adición no necesaria, pero que introduce ese rasgo tan madrileño que nos ayudó a ver la pintura velazqueña:

**El equipaje del rey José**

...de los Arzaples y de los palos de Babafuete.

«Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al corrallo y saludando a todos con festivo semblante.

«¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jurado? -le preguntó Salmón posando su mano en el hombro del mancebo-. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas?»

A Valladolid -repuso el militar.

«¡A Valladolid! -exclamaron todos-. ¡Ya lo presumía yo!

«Por allí están la Nava, Rueda, la Seca, Mojados y demás cepas...»

«¿Conque a Valladolid?»

**No faltarán batallas.** -indicó el joven con énfasis-. Napoleón ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña.

«¿Un recadito?»

«Y nosotros salimos también... Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados...»

«Con los empleados los empleos -añadió Lobo-. Eso será bueno.

«En palacio están empaquetando a toda prisa cuadros y alhajas -prosiguió Salvador con alborozo y orgullo, propios de la juventud al verse portadores de nuevas estrepandas-. Ayer embaulamos juntamente con la batería de cocina una tabla pintorreada que llaman el Pasmo de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embargar todos los coches y carros de la villa, y aún no bastará.

«¿Todos los carros? Pero esta gente nos va a dejar sin un afilero para trabarnos las chorreras.»

«Acaso vinieron a otra cosa? Pues qué -afirmó Salmón-, ¿cree usted que esa gente ha sabido lo que es pan antes de venir a España?»

«Y ahora, señores -dijo el militar-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cual a su oficina, cual a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se disponía a emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente podrían conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?... Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

**falta: Manuscrito**

**Título:** El equipaje del rey José      **Versión:** Primera Edición

Figura 10.

Otra variante de esta naturaleza, consistente en un simple cambio del tiempo verbal, logra intensificar el significado de las palabras del narrador, como puede observarse en la figura 11:

### El equipaje del rey José

¿cómo habrán a una cosa... ¿cómo que **militarejo**, cómo saber que los grupos de señores lo que se van antes de venir a España?

-Y ahora, señores -dijo el **militarejo**-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio.

Esta advertencia produjo rápidos efectos: deshízose el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas **y a las reuniones de la gente tónica**, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscowa, se **disponía a** emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la villa, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual **difícilmente podrían** conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue **podían: Manuscrito**, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino cautiverio y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastroero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoleón el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortesanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, **y su claro cielo** y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

**Título:** *El equipaje del rey José*      **Versión:** *Primera Edición*

Figura 11.

Al sustituirse el indicativo “dificilmente podían” del manuscrito por el hipotético “dificilmente podrían” de la primera edición, el narrador no sólo informa de que con dificultad conocerían los sentimientos de José I quienes observaban su marcha, sino que, además, no tenían interés en ello. Es decir, que a la impermeabilidad del personaje observado, la sustitución añade la indiferencia de los observadores: que el rey se vaya es lo esencial, lo que sienta al irse importa poco a los españoles.

En la figura 12, resulta interesante ver la variante caracterizadora que sustituye “militarcito” (manuscrito) por “militarejo” (primera edición):

**El equipaje del rey José** Volver al índice

¿Y ahora, señores -dijo el **militarejo**-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver **militarcito**, **Manuscrito**...

Esta advertencia produjo rápidos efectos: desfilamos en grupos, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala, y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se **disponía a** emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la Puerta de Hierro, Su Majestad, que hablaba con el general Jourdan, dejó a este con la palabra en suspenso, y se asomó por la portezuela para contemplar el real palacio que quedaba detrás, sentado en los bordes de la valla, con un pie arriba y otro abajo, destacando su enorme cuerpo blanco sobre las rampas de ladrillo que le sirven de trono y sobre la verdura de los árboles que le sirven de alfombra. José Bonaparte dirigió al edificio una mirada en la cual difícilmente **podían** conocerse los sentimientos de su corazón. Aquel abandonado albergue que veía Su Majestad tras sí, ¿era una mansión risueña, de la cual no podía alejarse sin pena, o por el contrario, cueva horrorosa en cuyo recinto no había sino canchero y tristeza? ¿Era grata al intruso la idea del regreso, o se complacía su ánimo con el pensamiento de perder de vista para siempre la enorme casa blanca y las rojas murallas y el jardín rastrero entre cuyo follaje levanta el abollado sombrero de su techo, la ermita de la Virgen del Puerto?...

Napoléon el Chico, después del triste mirar, recostose taciturno en el fondo del coche, mas no oyeron sus cortezanos ningún suspiro como el que en parecido caso regaló a la historia Boabdil el de Granada. Reanudose la conversación entre José y el mariscal Jourdan. Madrid y su palacio, y su polvo, y su claro cielo y su aire sutil no fueron ya para el hermano de Bonaparte más que un recuerdo.

**Título:** El equipaje del rey José **Versión:** Primera Edición **Variantes semánticas:** Caracterizadora

Figura 12.

El término alude a Salvador Monsalud, que será personaje principal de toda la Segunda Serie aunque el lector aún no lo sabe, y el autor adelanta con la variante, de modo un tanto enigmático, el desprecio que hacia él sentirán sus compatriotas. Salvador, según conoceremos más adelante, no es un “militar pequeño” sino un “militar de segunda” —de ahí el cambio del diminutivo al despectivo— porque no pertenece al ejército sino a un cuerpo especial, la Guardia Española, creada por Jose I Bonaparte para mantener el orden. Los españoles que entraron en dicho cuerpo fueron considerados como traidores, y así se lo demostrarían los fernandinos, sobre todo a partir de la marcha de los franceses del país.

Otro cambio de forma verbal denota la búsqueda de la perfección estilística del relato: en la figura 13 la utilización del gerundio en la primera edición indica que Canencia se turba mientras habla, simultáneamente, y no que estaba ya turbado, como señalaba el participio del manuscrito:

**El equipaje del rey José** Volver al índice

«¡Mis amigos, los franceses! -exclamó Canencia **turbándose** como jovenzuelo tímido, a quien se descubrió un secreto marabú... ¡Soy acaso hombre que se entusiasma con las victorias militares de Juan de Pizarro? ¡Ejército! ¡Ejército! ¡Napoléon! ¡Napoléon! ¡Manuscrito... ¡Jura! Soy partidario del piano humano, señores. Odió las guerras, destructora de la convivencia social, y agotador del día de la emancipación de los pueblos. Se que me culturan, se que algunos se atreven a sostener que estoy en Salamanca en una sociedad maníaca... ¡Por ventura estas mis venerables casas y esta estereoa filosófica que debo a mis estudios son a propósito para degradarse en logias y aquilanes. ¿Pero hasta que me hayan dado ese miserable destello en la conchada del Noveno para que se me crea ligado en cuerpo y alma a los Bonapartes, señores, a los hijos de doña Leocia, que hoy dominan el mundo con la espada... ¡Como si la espada fuera otra cosa que un pedazo de acero, una herramienta bruta, una lacca incerte y puzante que sólo sirve para sangrar a los pueblos!... Y entre tanto las ideas... **Volad los ojos a todos lados y decidme, ¿dónde están las ideas?**»

Los tres imploraron a Canencia según adelantó en su comenzado discurso. Salmaín le quitó la palabra de la boca, para decir:

«Mala paciencia me de Dios y sea la primera que viene, si a este día (lástima) no le cambian pronto en plaza de la conchada del Noveno por una jaula en el Nuncio de Toledo. Es una mala nos ha dicho del viaje del Rey. Lo que yo aseguro es que ayer nada se sabía en palacio de tal viaje.»

«Por allí viene quien nos ha de sacar de dudas -dijo Pina señalando hacia Caballerías. Todos los del conde fijaron la atención en un joven bien parecido, de rostro alegre y franco que precipitadamente bajaba en dirección a San Gil. Vestía el uniforme de la guardia española creada por José en enero de 1808, y a la cual pertenecían buen número de compañías mixtas con todos o casi todos los sables y valores de los antiguos cuerpos extranjeros.»

«¡B. Salvador! ¡Monsalud! ¡Salvador! ¡Monsalud! -gritó el hermano Lobo, lanzando al mar del universo. Es sobre de Andrés Monreal, el que aparecieron en Salamanca -indicó con malicia Roquejo-. El señor Canencia puede dar noticia de la batalla de los Arapiles y de los palos de Babalote.»

«Señores patriotas, buenos días -dijo el joven guardia acercándose al conde y saludando a todos con festivo semblante. ¿Qué ocurre, discreto amigo, aunque jeado? le preguntó Salmaín poniendo su mano en el hombro del manabuco. ¿A dónde va por esos caminos el emperador de las Tinajas? A Valladolid según el militar. ¿A Valladolid? -exclamaron todos-. ¡Y a lo premisa yo! Por allí están la Vera, Rueda, la Sect, Mejados y demás repas... ¿Concepto a Valladolid? No faltará batalla... -indicó el joven con fealdad-. Napoléon ha mandado un recado a su hermano, diciéndole que salga a campaña. ¿Un recado? ¿Un recado también. Y con nosotros los ministros, y con los ministros los empleados, y con los empleados... Con los empleados los empleados -añadó Lobo-. Eso será bueno. En palacio están empacando a toda prisa cuadros y alhajas -prosiguió Salvador con alboroto y orgullo, propios de la juventud al verse portadora de nuevas esperanzas-. Ayer embalsamamos juntamente con la botica de cocina una tarta panostreída que llama el Pan de Sicilia... Nos llevamos hasta los clavos... Dentro de pocos días se van a embalar todos los coches y carros de la villa, y aún no hanstado. ¿Todos los carros! Pero esta gente nos va a dejar sin un alfiler para trabarnos las chorreras. ¿Acaso vinieron a otra cosa? Pues que -añadó Salmaín-. ¿Creo usted que esta gente ha sabido lo que se pan antes de venir a España? Y ahora, señores -dijo el **militarejo**-, harán ustedes bien en marcharse cada uno a su casa de dos en dos, porque la policía no gusta de ver grupos en los alrededores de palacio. Esta advertencia produjo rápidos efectos: desfilamos el grupo, y por parejas se alejaron en direcciones diversas los esclarecidos varones, marchando cuál a su oficina, cuál a su tienda, este a la escribanía, aquel al convento, quién a la tertulia de la botica, quién a los estrados de las damas y a las reuniones de la gente tónica, afanosos todos de transmitir las noticias recibidas, que de calle en calle y de sala en sala y de boca en boca iban desfigurándose y abultándose hasta el punto de que no las conocería el mismo que las lanzó a los vaivenes y agitaciones del mundo. ¡Y entonces no había periódicos!

José Bonaparte había salido en efecto para Valladolid, obedeciendo a su amo y hermano que le mandaba ponerse al frente del ejército, mientras él, no escarmentado con la desastrosa campaña de la Moscova, se **disponía a** emprender otra nueva en Alemania contra la sexta coalición. Cuando el coche, pasado el arco de San Vicente, torció a la derecha en dirección a la

**Variantes estilísticas Perfeccionadora**

Primera Edición		Versión	Capítulo
empacando	era	Manuscrito	I
Quero	Querois	Manuscrito	I
turbándose	trubado	Manuscrito	I
No faltará batalla	va a haber cada batalla	Manuscrito	I
disponía a	separaba para	Manuscrito	I

**Título:** El equipaje del rey José **Versión:** Primera Edición **Variantes estilísticas:** Perfeccionadora

Figura 13.



Y de nuevo la relación de variantes de la figura 14 nos permitirá comprobar cuál fue el motivo que impulsó al autor a introducir más y menos modificaciones, y si dominaban los cambios semánticos o estilísticos en su proceso de corrección del texto.

Variantes semánticas				Variantes estilísticas			
<b>Variantes semánticas Intensificadora</b>				<b>Variantes estilísticas Evita Repetición</b>			
Primera Edición		Versión	Capítulo	Primera Edición		Versión	Capítulo
consabido	falta	Versión Previa	I	halla	encuentra	Manuscrito	I
Volved los ojos a todos lados y decidme.	falta	Manuscrito	I	preguntó	dió	Manuscrito	I
y	falta	Versión Previa	I	prosiguió	añadió	Manuscrito	I
y a las reuniones de la gente tónica	falta	Manuscrito	I	afirmó	dió	Manuscrito	I
podrían	podían	Manuscrito	I				
y su claro cielo	falta	Manuscrito	I				
<b>Variantes semánticas Caracterizadora</b>				<b>Variantes estilísticas Economía del lenguaje</b>			
Primera Edición		Versión	Capítulo	Primera Edición		Versión	Capítulo
Salamanca	los Arapiles	Versión Previa	I	falta	no	Manuscrito	I
en	a	Versión Previa	I	falta	si	Manuscrito	I
jacobino	republicano	Manuscrito	I				
orgullo	vanidad	Manuscrito	I				
militarejo	militarcito	Manuscrito	I				
<b>Variantes estilísticas Perfeccionadora</b>							
Primera Edición		Versión	Capítulo	Primera Edición		Versión	Capítulo
empinada	agria	Manuscrito	I	Quiere	Querrán	Manuscrito	I
turbándose	turbado	Manuscrito	I	No faltarán batallas...	Va a haber cada batalla...	Manuscrito	I
disponia a	preparaba para	Manuscrito	I				

Figura 14.

Podríamos seguir comentando variantes, pero no se trata de eso. Con esta pequeña muestra he intentado probar el interés de la edición crítica virtual. Así, los tan corregidos poemas juanramonianos, algunos de juventud convertidos años después en poesía pura, facilitarían, editados virtualmente, además de la investigación, la docencia, al mostrar a los estudiantes de forma tan plástica, el proceso depurador a que el poeta sometió su obra. Por supuesto, tener el texto fiable de una obra literaria digitalizada proporciona además, muchas otras posibilidades de investigación, como ha demostrado el profesor Torruella (2008) en su trabajo sobre el *Quijote*. Descubre allí, por ejemplo, que Cervantes repite tantas veces “Sancho” como “don Quijote”, lo que hace reflexionar sobre si hay en la novela un caballero protagonista y un escudero personaje secundario, o si se trata de un protagonismo compartido por ambos... También el trabajo de Robinson (2006) muestra múltiples posibilidades de la edición digital. De ahí la decisión de colgar la “Herramienta software para la implementación de ediciones críticas digitales” en la página Web de mi Departamento en cuanto esté debidamente corregida.

## BIBLIOGRAFÍA

ARENCIBIA, Y.: *La lengua de Galdós (Estudio sistemático de variantes en galeradas)*, Consejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias, 1987.

PEREZ GALDÓS, B.: *El equipaje del rey José*, en *Episodios nacionales, Segunda serie. La España de Fernando VII*, ed. de D. Troncoso, Barcelona, Destino, 2006.

ROBINSON, P.: “Foro”, *Ecdotica*, 3, 2006.

TORRUELLA, J.: “El *Quijote* al microscopio”, *Bulletin of de Cervantes Society of America*, 28, 1 (Spring 2008), 11-52.

## NOTAS

<sup>1</sup> En la Editorial Destino (*Primera serie. La guerra de la Independencia*, 2005; *Segunda serie. La España de Fernando VII*, 2006; *Tercera serie. Cristinos y carlistas*, 2007; *Cuarta serie. La era de Isabel II*, 2009; *Quinta serie. Revolución y Restauración*, en prensa).

<sup>2</sup> Considero como versión previa al texto que el autor entregó a la imprenta, todo texto tachado en el manuscrito, sustituido o no. Es obvio que dicha versión tuvo momentos de redacción diversos: simultáneo a la escritura, cuando una vez escrita una palabra o frase el autor la tacha y continúa escribiendo. Algo posterior, cuando se sustituye lo tachado entre líneas, y muy posterior cuando obedece a una relectura amplia y lo tachado son largos párrafos que ocupan una o más cuartillas sustituidas por otras, aunque conservadas.